

Los marxistas españoles ante la religión



SOBRE una lista inicial de 104 encuestados militantes de 32 partidos y grupos sindicales españoles de inspiración marxista ha confeccionado el Instituto Fe y Secularidad un pequeño e interesante libro: "Los marxistas españoles y la religión" (Ed. Edicusa. Madrid, 1977), con las 27 respuestas recibidas, que da una primera aproximación de conjunto al problema de la fe y de la doctrina y práctica marxistas en los grupos políticos y sindicales de los países del Estado español.

Es un libro inicial. A partir de él habrá que desarrollar, afinar y complementar las conclusiones provisionales que de él se sacan. Pero el hecho es que esta obra rompe el fuego en nuestro confuso panorama religioso-político.

Su lectura reposada nos lleva a conclusiones básicas. La primera de todas que en España se esconden muchas cosas distintas, y aun divergentes, detrás del empleo de la palabra socialismo y del término marxismo. Hoy es un lugar común hablar de "marxismos" y no de marxismo. Pero entre nosotros el problema intelectual escapa por lo general a muchos y se centra más bien en una actitud política con incidencias doctrinales. El fuerte bastantes veces no es la base ideológica. La enseñanza católica que recibieron muchos de nuestros marxistas les ha señalado demasiado y dan una interpretación del marxismo que no es directa, y que está marcada por los eruditos católicos al uso, como fueron el deformador padre Calvez S. J. o el más preciso padre Wetter S. J., o el aristocrático despreciador del marxismo padre Chambre S. J. Ocurre que dentro de un mismo esquema mental que perdura, la valoración que de él se hace ahora tiene un signo contrario al que antes le dieron estos marxistas, pero la estructura básica de su pensamiento es la misma; sólo ha cambiado de color.

Algunos de ellos —que eran católicos y hoy no lo son ya— aprendieron en las citadas fuentes que cristianismo y marxismo se oponían radicalmente en el aspecto doctrinal o ideológico. Y ahora bastantes de estos católicos, al abandonar la fe religiosa, lo que antes ponían en la balanza inclinándose del lado religioso, hoy la misma balanza los inclina del lado ateo. Pero la balanza es la misma, su erróneo juicio sobre la opción cristianismo-marxismo no ha variado.

En el aspecto práctico, por el contrario, se ha dado un gran paso (aunque insuficiente); y es la aceptación —con más o menos condicionamientos— de la militan-

cia política de los creyentes en estos partidos marxistas.

En cambio, en las encuestas realizadas se ve la postura más avanzada de los que son creyentes y marxistas. La coordinación práctica de creencias y actuación marxistas se produce hoy sin prejuicio alguno por parte de estos católicos que militan en tales partidos, y lo hacen a pecho descubierto. En eso han dado un paso más decidido que algunos de sus antiguos colegas que no tienen fe y que antes la tuvieron. Estos últimos, que no son ya creyentes, siguen con una postura que tiene raíces en la oposición excesiva que vivieron entre marxismo y cristianismo cuando eran católicos.

Jordi Parpal, abogado del Partit Socialista de Catalunya, piensa que "cuanto más se purifique el marxismo de dogmas y prejuicios, cuanto más se purifique el cristianismo de adherencias y falsas creencias, más avanzamos por el camino de la comprensión". Pero, ¿lo entienden así algunos otros encuestados? Ciertamente valoran lo que supone un cristianismo purificado, pero no han comprendido bien que las estructuras del marxismo no son estáticas, sino dinámicas y que —por eso— no puede hablarse de dogmas en el marxismo de Marx, sino de doctrinas cerradas como algunos falsamente suponen. Se debe hablar de líneas ideológicas que tienen que conservar su núcleo dinámico siempre, y que se encarnan de distinto modo según las diferentes culturas y situaciones. Hoy no estamos fijados de una vez por todas en la situación religiosa, social, política, económica y cultural del siglo XIX, cuando escribieron Marx y Engels. Ni siquiera podemos estancarnos en los esquemas de Lenin, como si fuesen dogmas o principios permanentes e irreformables. No queremos hacer del marxismo —eso sería precisamente su muerte— un elenco de principios fijos, jurídicamente congelados, como se pretendió hacer del mal llamado Movimiento Nacional, porque ni era un movimiento vivo ni correspondía a la pluralidad real de los componentes del Estado español.

Asumiendo "el marxismo como base de análisis científico de la realidad y como instrumento para cambiarla, y el cristianismo como mensaje de fe basado en el mandamiento del amor, no debe tener contradicción interior alguna", se dice; y eso es lo que han experimentado estos creyentes, piensen lo que piensen algunos que no tienen fe.

Lo que no puede hacerse es elevar a categoría definitiva de la creencia la pésima concepción de Dios de muchos creyentes, hoy repetida todavía en este libro por algún intelectual —como don Enrique Tierno—, que merece al máximo nuestro respeto y admiración por su profundo y certero pensamiento, pero que en esto identifica a Dios con una trascendencia en la cual no creemos muchos creyentes y pensadores católicos. Para un verdadero cristiano, Dios no es algo heterónimo al ser humano, la trascendencia no está separada de la immanencia (ese es el gran hallazgo religioso del cristianismo), sino que ambos están estrecha y dialécticamente unidas en la realidad inabarcable que llamamos Dios. Dios es la "concordancia de los opuestos", como decía hace seis siglos el cardenal Nicolás de Cusa. Pero es cierto que el Dios de muchos cristianos es alienador; pero el Dios descubierto por el cristianismo no puede ni debe serlo porque es el fundamento de todo lo dinámico que hay en el mundo, es el fondo de la evolución creadora y el "impulso creador" de todo. Y no es ningún personaje al uso sensible o intelectual de muchos creyentes y teólogos, que lo concibieron más como los griegos que como lo captó el fondo de la revelación cristiana, aunque estuviera ésta expresada a través de imágenes y símbolos que deben profundizarse en su sentido último.

El problema, como dice José Mariano Benítez de Lugo, "no es religión sí o religión no, sino qué clase de religión".

Es poco adecuada, sin embargo, alguna intervención bienintencionada de ciertos cristianos o no cristianos que no aciertan a enfocar el problema religioso en Marx, atribuyéndole un metafisicismo que es lo más apartado no sólo de su planteamiento de lo religioso, sino de su punto de vista filosófico. La religión para Marx, como dicen el creyente W. Post y el marxista Schimidt, es un fenómeno sociológico y como tal lo estudia aquél preferentemente, sin meterse en más disquisiciones ontológicas o metafísicas, que esas las hemos añadido los católicos con nuestra mentalidad escolástica.

Analizar todos los puntos de vista personales es imposible, pero sí concretar más —y he de hacerlo en breve— las posturas de nuestros partidos marxistas ante el fenómeno religioso. ■